

Media hora hacía que duraba este infernal concierto, sin que el oso se decidiera á abandonar la espesura; diez veces oímos el ruido de sus pasos; las ramas se rompían á su peso y poderoso aliento; diez veces retrocedió.

El día iba á su ocaso, y los campesinos empezaban á perder la paciencia. Así es que, habiéndose mostrado de nuevo, se precipitaron en su dirección, aullando como condenados, sacudiendo los árboles con sus hachas y bastones, con la esperanza de hacerle huir hacia nuestro lado.

También este ardor fué causa de un nuevo fracaso, porque, rota la línea de los ojeadores, el oso aprovechó el espacio libre, y escapó otra vez.

Pesada jornada. De nuevo el campesino volvió á seguir las huellas del animal, mientras nosotros regresábamos tristemente á Cherino. Para formarse una idea del vigor que el ojeador necesitaba para seguir semejantes pesquisas, basta decir que hasta el día siguiente á las seis de la tarde, ó sea veintiséis horas después, no regresó llevando noticias del paradero del oso.

Las gratas nuevas que nos llevaba Micha eran que el oso se hallaba á unos 28 kilómetros de Cherchino, lejos de poblado y en el corazón de la selva.

Era, pues, imposible llegar hasta allí en trineo, y era forzoso hacer el camino á pie.

Emprendimos el camino el día siguiente al apuntar el día. Pero ¡qué camino! Á través de un verde bosque virgen, sepultado entre la nieve; obligados á abrirnos paso en medio de árboles caídos y tronchados, eran las dos cuando llegamos al sitio en que el oso había buscado refugio.

Esta vez yo mismo dirigí el cerco, y estaba seguro de que la alimaña no había huído.

Volví á mi puesto, deslizándome sobre el hielo, montado sobre los patines; y mi cuñado se colocó en el suyo, á mi izquierda, á un centenar de metros.

Los clamores de los ojeadores nos indicaron que la batida había comenzado. Pronto oímos los gritos repetidos de «¡Hélo aquí! ¡hélo aquí!» Y las vociferaciones y las imprecaciones é insultos habituales acompañaron al oso en su fuga.

Aquel animal había causado grandes pérdidas á los pobres moradores de las aldeas vecinas, y más de uno de los ojeadores había visto destruidas ó arrebatadas algunas cabezas de ganado.

Es un error creer que el oso en Rusia se alimenta exclusivamente de frutos, raíces y miel, pues es también excelente carnívoro cuando tiene ocasión propicia. Los campesinos no lo ignoran, y la vecindad de un

oso de aquel tamaño les acarrea grandes perjuicios.

La batida continuaba. Tenía frente á mí un bosquecillo frondosísimo de abetos, hasta el punto de que era imposible distinguir nada á unos quince pasos. En medio de la espesura existía un pequeño claro de unos diez metros.

Allí estaba, con el dedo apoyado en el gatillo, cuando vi, á poca distancia, que la nieve caía á impulsos de un terrible animal que se dirigía oblicuamente hacia mí.

En aquel instante, me pareció como si el corazón cesara de latir, y no recobré la sangre fría hasta que vi más distintamente una masa negra, que avanzaba hundiendo sus velludas y vigorosas patas en la nieve. Era el oso.

Distaba unos veinticinco pasos, pero sólo distinguí sus extremidades, y disparar en aquel instante era har- to comprometido.

En fin, después de titubear durante algunos momentos, el oso se decidió á franquear el claro.

Entonces disparé, y, al recibir la bala el animal, pareció como que se tambaleaba; hice fuego de nuevo, pero el oso no se detuvo, y se dirigió gimoteando hacia el sitio que ocupaba mi hermano político; y al llegar á cien metros del mismo cayó envuelto por la nieve.

Lury no había perdido el tiempo; y, así que comprendió que el animal, herido, se dirigía hacia su lado, se había atado de nuevo los patines, y se dirigió hacia el oso, que halló tendido, baja la cabeza, y no pudiendo ya moverse. Sólo tuvo que darle el golpe de gracia.

Mi primera bala había herido al animal encima de la espaldilla, atravesando todo el cuerpo, rompiendo los dos omoplatos, y quedando en los músculos sin estropear la piel; la segunda había penetrado en el flanco, saliendo por el otro lado.

Grande fué nuestro alborozo al ver tendido á los pies al soberbio animal que tantas fatigas nos había causado cazar. Medía 2 metros 50 desde la punta de la nariz á la extremidad del cuerpo, 1 metro 50 la espalda, y su peso 600 libras. Su piel era negra, magnífica; su cabeza monstruosa y sus uñas enormes.

Un oso que alcance tal peso es raro, y sólo se cita como una gran rareza uno muerto hace unos veinte años en el gobierno de Twér, que tenía unas 700 á 800 libras de peso.

Aquella misma tarde partimos para Moscou, de donde distábamos unos 40 kilómetros. Dejamos el animal á Micha, ordenándole lo sepultase en hielo durante 48 horas y lo enviara á mi casa; y subimos al trineo.

Nuestras instrucciones fueron puntualmente seguidas, y el oso llegó perfectamente.»

IV

Nuestros lectores deben esperar con curiosidad la narración de cazas de osos en los Pirineos.

Un maestro, distinguido en el arte venatorio, el señor marqués G. D. Cherville, en su libro que ha dado recientemente á la estampa, titulado: *Los cuadrúpedos de la caza*, su descripción, costumbres, aclimatación y caza; habla con tono irónico y sarcástico de las cacerías de osos en los Pirineos.

«Acontece algunas veces,—dice,—que algunos *touristes*, seducidos por las promesas de los guías, se dirigen á cazar el oso en los pintorescos valles de los Pirineos. Pero debe acontecer en este género de *sport* lo que sucede en el reino de los cielos, que son muchos los llamados y pocos los elegidos. En todas estas expediciones que nos han sido referidas, hemos visto siempre, en el momento psicológico, surgir un diablado accidente que ha permitido, al animal perseguido, el escapar del halali.

Uno sólo de estos narradores, un joven mancebo, declaró haber visto la alimaña; pero, por desgracia, se hallaba en un sendero estrechísimo, teniendo á su derecha una muralla de granito, y á la izquierda un precipicio horrible, en el cual murmuraba el *gave*. Con una sola mirada el cazador comprendió que era un teatro demasiado estrecho para realizar sus proezas.

Desde Gastón de Foix, en Francia; desde Alfonso XI, en España,—añade Cherville,—los osos han perdido el privilegio, que conservan aún en Rusia, de pasar de la vida á la muerte por el intermediario de una mano real ó de algún príncipe, lo que quizá consuele á la víctima de tan desastroso fin.

No se traban aquellas luchas épicas que representan los antiguos grabados, en que el robusto plantígrado, ha-

ciendo frente á una jauría de perros, aplastando á uno con su pata, ahogando á otro entre sus robustos brazos, y rodeado de muertos y heridos, se lanzaba sobre el chuzo ensangrentado con que le hería el legendario venador. El hombre, fatigado de las llanuras, ha invadido las misteriosas soledades, cuyos antros y profundas gargantas preservaban á los osos de la destrucción.

Si existieran sólo los peligros de la caza, aun existirían siempre valerosos adalides, ávidos de emociones, que acudirían á luchar con el oso de las selvas; pero su persecución es tan laboriosa, su hallazgo es tan raro, que semejante empresa venatoria se halla realizada únicamente por cazadores



Cazador de osos

de gamos, leñadores y montañeses.»

Razón tiene el marqués de Cherville en afirmar que escasean los osos en los Pirineos, después que sucesivas roturaciones, y el avance de las oleadas civilizadas, han arrojado millares de alimañas de sus antros, y hecho cruda guerra á los osos.

Pero si el cazador, lleno de ilusiones, que se dirige á los Pirineos para cazar osos, suele verlas trocadas en desengaños, no significa esto que en las gargantas, selvas y abismos de las cordilleras que separan á España

de Francia no vaguen ni moren familias de plantígrados.

Testimonio abonado de ello ofrecen los grotescos osos y oseznos que en gran número pasean, bohemios y montañeses, de aldea en aldea, y aun de ciudad en ciudad, excitando la hilaridad de los rústicos y mozuelos con sus ridículos gestos y contorsiones. Semejantes animales no son seres fantásticos, ó engendrados artificialmente, sino nacidos entre breñas y malezas en los bosques y montañas de los Alpes ó Pirineos.

Los arrojados montañeses han cogido y arrebatado los oseznos del seno de su familia, bien por sorpresa, bien cazando y dando muerte á los padres.

No pasa año sin que los periódicos señalen las proezas y fechorías de algún oso en Europa.

El teatro sorprendente y prodigioso de las cacerías de los osos pardos y comunes que interesará á nuestros lectores, es el Pirineo.

Tras el espectáculo imponente y lleno de movimiento que ofrece el mar, existe otro de un género diferente, el de las montañas, sublimes, inmóviles, que ven pasar por su pie los torrentes, y sufren, impasibles, los sacudimientos de los siglos, espectáculo sublime y lleno de grandiosidad, que llena el ánimo de admiración. Al llegar á su cima, la naturaleza toma nuevos y variados aspectos. La mirada se extiende sobre nuevos horizontes, y vaga del valle al cielo.

Allí, en aquellas alturas, nuevos sentimientos señorean el alma, y se espera, se sueña y se experimenta la indefinible emoción de la inmensidad, del infinito, como á orillas del océano.

No es de admirar, pues, el encanto que al *touriste* producen los Pirineos; y lástima grande es que los españoles no sepan sacar el mismo partido que los franceses de aquellos sitios llenos de salvaje poesía.

V

Más de una vez hemos pisado los pliegues y rugosidades de los Pirineos, y cazado en ellos *isards*, que por bandadas corretean y brincan por aquellas montañas, saltando de roca en roca y de risco en risco; perdices rojas y blancas, zorras y gatos salvajes.

Los picos de Arcizet, Gazie y Sesque están llenos de piezas de caza, que llenan de alborozo á los cazadores que, dejando la sosegada y cómoda vida de las ciuda-

des, truecan la caza sin azares y peligros por la que ofrece más peripecias y emociones.

Aguas Calientes (Eaux-Chaudes) aúna, á los esparcimientos de la caza y pesca en abundancia, vistas espléndidas y maravillosas.

La boga que gozó Eaux-Chaudes durante el reinado de los soberanos del Béarn, que llegó á su período álgido en el siglo XVI, se debe á las brillantes cacerías de osos y otras piezas de caza mayor.

Hace pocos años, en 1879, tres cazadores y dos guías salían de Eaux-Chaudes en dirección á Gabás.

Era un día de primavera, hermoso y espléndido. La naturaleza empezaba á engalanarse, sacudiendo los árboles sus gudejas de hielo, y mostrando verdes botones, llenos de promesas.

Los cazadores vestían con sencillez y elegancia, pero con rústico traje, resistente, y apropiado para defenderse de los abrojos y espinos. Á tiro de ballesta, aquellos discípulos de San Huberto, sanos, vigorosos, robustos, mostraban no ser gente ruin y vulgar; los guías eran gente del país, vestidos á la usanza de la tierra, con blusa y boina. Todos iban armados: los cazadores con excelentes fusiles de precisión y doble tiro, y cuchillos de monte; y los guías, de fusiles algo antiguos, pero que, manejados con maestría, eran en sus manos terribles armas.

Grandes y vigorosos perros seguían á los cazadores, brincando alegremente.

Los cazadores se dirigían á la caza del oso y enderezaban sus pasos á las altas cimas de las montañas, pobladas de abetos y coronadas por perpetuas nieves; viaje accidentado, arrobador, pero peligroso.

Al salir de Eaux-Chaudes, se toma el camino de Gabás, abierto en la orilla derecha del *gave* que atraviesa el Pont-d'Enfer. Llegados á este punto, si no experimentáis vértigos, contemplad el espectáculo que ofrece el abismo sin fondo que la naturaleza ha abierto á vuestros pies. No existe espectáculo que sea, á la vez, más horrible y más bello.

Un poco hacia la derecha, se ve un abeto colosal, rústico puente echado de una á otra orilla del *gave*, paso difícil y peligroso, que conduce á un sitio tapizado de verde y finísima hierba, encerrado entre grandes rocas, bloques enormes calcáreos, caídos de altas cimas.

Por allí treparon guías, cazadores y perros, haciendo un pequeño alto para tomar aliento, y después subieron... subieron... hasta que, al fin, alcanzaron la cima, en cuyo fondo se hundía la garganta sombría, de aspecto terrorífico, centro de los osos, que allí se refu-

gían después de sus correrías y algaradas por los valles.

Allí deja de ser un mito y un loco engendro de la imaginación la existencia de los osos; y, bien que menos abundantes que los *isards*, existen en los bosques de aquella parte de los Pirineos.

Cuando, durante la estación primaveral, alguno de los solitarios moradores de las selvas deja trazas de sus nocturnas excursiones alrededor de los rebaños, cunde la alarma entre los pastores, y semejante nueva es la señal de que en breve empezará una cacería.

Nuestros tres cazadores habían llegado en ocasión propicia.

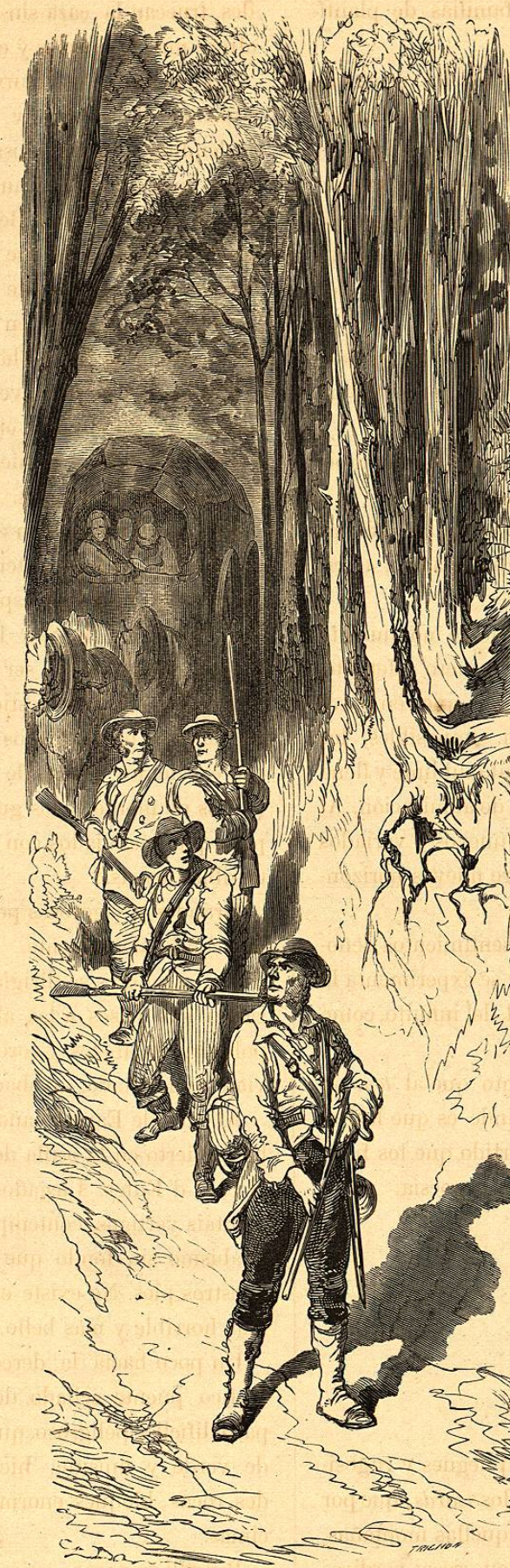
Un oso, en las cercanías de Eaux-Chaudes, había destrozado dos cabezas de ganado lanar, y los pastores habían decidido dar una batida, hasta tomar venganza del merodeador.

Noticiosos del hecho los cazadores, alborozados de que la caza de *isards* y zorras podía convertirse en el ojeo y combate con un oso, decidieron formar parte de la batida.

El punto de reunión era la plazoleta en que habían hecho alto los cazadores.

No tuvieron que esperar largo tiempo, pues, ligeros como gamos, vieron llegar á varios pastores, armados unos de fusiles, y otros de hoces y cuchillos.

Serían las ocho de la mañana, y el Sol brillaba entre las brumas y celajes de la montaña, dando caprichosos matices á aquel vetusto y espléndido paisaje de árboles seculares, breñas inac-



Ojeo

cesibles, abismos insondables, y gargantas negras y profundas, en cuyo fondo murmuraban lúgubrementes las aguas, saltando de roca en roca y discurriendo entre guijos y guijarros.

El jefe de la partida, mozo forzudo, y que no era la primera vez que tenía que habérselas con los solitarios huéspedes de las selvas, dividió el pequeño ejército en tres grupos. Los tres cazadores tuvieron que separarse, marchando cada uno con un grupo de montañeses y pastores.

En breve comenzó el ojeo; los perros empezaron á dar manifiestas señales de que olfateaban alguna buena pieza. El marqués de X., que era uno de los tres cazadores que me refirió en la expedición venatoria, iba en el grupo dirigido por el jefe de la batida.

Por acostumbrado que estuviere á semejantes ejercicios, son tales las dificultades que ofrecía aquel terreno abrupto á medida que nos acercábamos á los sitios más salvajes y escabrosos, y hollados quizás por vez primera por la planta humana, sitio propio de cabras montesas y gamos, y otras alimañas silvestres; que tenía que hacer milagros de equilibrio para no caer en el fondo de uno de aquellos horribles precipicios.

De repente, vimos un precioso *isard* que, saltando de roca en roca, destacaba su elegante silueta, brindándonos con un excelente tiro.

Apoyé mi fusil al hombro y me disponía á disparar, cuando el jefe me dijo, algo bruscamen-